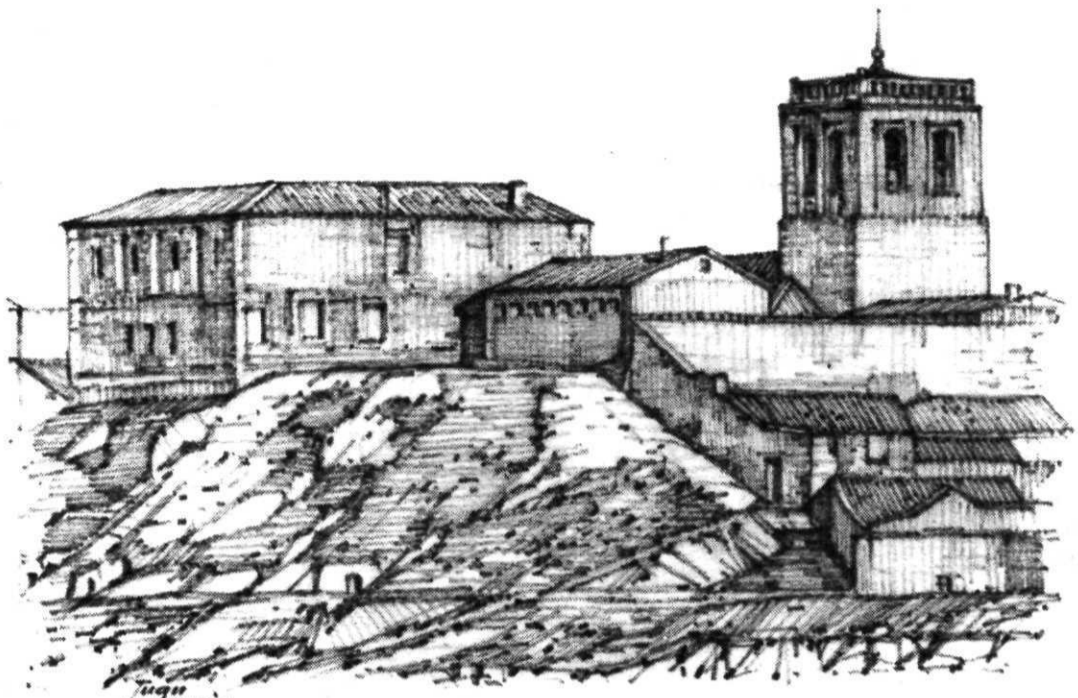


Villa por villa

Tamariz de Campos

Dibujo de JUAN PALENCIA

Texto de ANTONIO CORRAL CASTANEDO



En torno al pueblo algunos palomares son como grandes escriños colmados de sol. El cura, vestido de sotana, y unos cuantos hombres, permanecen sentados al amparo de unas viviendas que, desde una elevación leve, se asoman a la fachada principal de la iglesia. Fachada restaurada hace pocos años y sobre cuya superficie de cemento —que enmarca, con su falta de gracia, con su entramado de paño burdo, la gracia sobria del arco románico de la entrada— han pintado, para decorarla, unas ventanas enrejadas. El cura y los demás hombres parecen ocupar las gradas del teatro, en espera de que salgan los actores para iniciar, delante del decorado de la iglesia, una representación.

«¡Quite de ahí!», por favor. Uno nunca lo ha visto bien. Y eso no le hace a uno dejar de apreciar que las ventanas están preparadas a todo detalle; que, de lejos, dan el pego y parecen de verdad. Pero, escúcheme, eso de falsear está mal». Y el hombre se incorpora para hacer más rotundos sus argumentos. «Que no tiene usted a mano flores, pongo por caso, debido a que no es la época apropiada, pues no las tiene. Y se acabó y acomódese usted a su falta. Pero no me compre usted unas de plástico y menos si encima las riegan con no sé qué ungüentos y hasta dan olor. Que no. Que así no se camina. Vamos a ser formales, aunque sea tan sólo un rato... A uno, ya sabe, siempre le ha apetecido lo natural. Es como eso de echar químicas a los vinos, que es tal que les forzaras a suicidarse... Aquí había un señor, don Mariano Pastor, que nunca aguantó lo de las ventanas pintadas. Al ser pintadas no hay quien las abra, decía, y entonces son más ventanas que las de una cárcel, por aquello de la cerrazón. Y eso, en una iglesia, insistía, no está en su lugar. Y sin contar con que en las iglesias está feo que engañen o que mientan... Es que le aseguro que Mariano Pastor, cuando hacía referencia a las ventanas pintadas, se ponía frenético; es que se descomponía... Que no hay ventanas, pues tiene su inconveniente, para qué negarlo. Que no te puedes asomar y que no entra la luz. Pero, mirándolo por el revés, no sé qué le diga; que, cuanto más parapetado se encuentre uno, a veces es mejor. Que por los huecos puede entrar todo, además de la luz, y no todo lo que se asoma resulta bonancible».

«¡Halal, cuando ustedes quieran —nos anima don Manuel, el cura, que regenta también la parroquia de Cuenca de Campos— nos acercamos hasta la iglesia caída y luego entramos en ésta que está sin caer». Y, con las llaves en la mano, inicia la procesión, a la que, sin ponerse de acuerdo, se unen todos los hombres que con él estaban.

«Qué verdad es eso —suspira don Manuel— de que Castilla no puede con su historia y la hunde». No le pido ninguna aclaración sobre el significado exacto de su sentencia. ¿Es Castilla la que hunde a su historia, a sus vestigios, o es la historia la que hunde a Castilla? Porque, bien pensado, todo viene a ser lo mismo.

«Todo es la destrucción», comenta uno de los hombres, que camina algo adelantado. «Y luego dicen de las ruinas de Numancia», medita, cuando atravesamos por una calle en donde unos muros de adobe se agrietan bajo un tejado desmantelado. «Ve ahí, más ruinas de Numancia», sigue diciendo, al pasar junto a un solar en donde la fachada es ya tan sólo una tapia baja que conserva las muecas de lo que fueran ventanas.

«Las que no se habitan para el suelo van», aclara uno de nuestros acompañantes. «Esa se habita —matiza otro—, y no sé si serán mis ojos, pero a mí me parece que se está yendo para los suelos». A nuestro paso por las calles en cuesta —en donde las últimas tormentas han dejado, con sus trombas de agua, una zanja, un estrecho cauce abierto, una grieta, como si también la tierra amenazara ruina— nos examinamos unas viviendas de viejo ladrillo patinado, en las cuales resaltan las forjas y, a veces, blanquea la piedra de un escudo.

«Tampoco hay que exagerar, ni ser extremosos —reconduce la conversación uno de los hombres—. No posee Tamariz la vida que poseía. Pero, como seguimos viviendo los que no nos hemos ido y alguno vuelve, esto se conserva vivo, aunque sin aspavientos. Que tampoco es bueno ser tan llorones. Que llorar en público no está bien. Que, de llorar, hay que hacerlo a solas, para no molestar».

Por estas calles se formaba un barro arcilloso, que era necesario salvar con las almadreñas. «Y los domingos las mujeres las dejaban bien emparejadas a la puerta de la iglesia, mientras la misa. Miren —insiste la mujer—, en Ta-

mariz siempre hemos sido muy ordenados, que es la forma de encontrar un arreglo para todo. Y las almadreñas tal que si fueran allí, a la puerta, unos patos quietos. Igual que esos patos que los vecinos criábamos y que, por su cuenta, se iban cada mañana hasta la laguna. Y luego cada cual regresaba a la casa a la que pertenecía, sin equivocaciones y con mucha formalidad. El orden es el orden y lo bien hecho, bien parece —continúa la mujer—. Que sin orden se da en la confusión. Y, cuando las cosas se ordenan, cada cual conoce su sitio. Y es la manera de que sepas cuál es tu lugar... En Tamariz había bastante ganado, cuando no habían comenzado a presumir los tractores, que acabaron con los animales y con las gentes que faenaban a brazo; que se tragaron su trabajo y no hubo más remedio que marchar, para buscar otra subsistencia. Porque en Tamariz había unas cuantas buenas fortunas y luego los demás a trabajar para ellas... Y, en referente al orden, al ganado se le llevaba al «corro», un lugar ahí en lo alto, que tenía una cerca. Y una persona, cuando ya nadie faltaba, conducía a todos los bichos hasta la «vega», para que pastaran a su antojo todo el día; y, al anochecer, les devolvía al «corro», para que se distribuyeran por sus domicilios... Porque el Sequillo atraviesa la parte baja de Tamariz y siempre ha sido tacaño en agua, eso ya se sabe. Pero, mire por cuánto, en su camino hacia Rioseco posee una vega de pastos bastante mejorcitos...»

En Tamariz se sienten orgullosos con las ruinas de la iglesia de San Juan. Tan sólo permanecen el arco renacentista de la entrada,

algún muro y la torre de piedra agrietada, por cuyo interior todavía trepan, desdentadas, las escaleras. «Hasta allí, al salir de misa los domingos, todos, hombres, niños, mujeres y demás familia, nos dirigíamos. Pero no a pastar, oiga —y el hombre nos dedica una mirada irónica—, sino a jugar a la pelota. Y yo me recuerdo de otros tiempos, allá cuando la República, que lo que se lanzaban eran piedras y bolas de barro a la portada. ¡Qué afán de destrucción! Y todo debido a que se puso de moda, en algunos casos, el no querer nada con la iglesia y el hostigarla... Que no sé cómo Dios Padre, que está ahí encima con la bola en la mano, no se hartó y les tiró la bola para que les diera en la cabeza y para demostrarles que ser algo bruto es tirando a fácil...»

«Pues sí. De siempre, por la comarca, nos han llamado Tamariz de los Diablos. No sé las razones. Rencillas, es de suponer. Y nosotros mismos, para quitarles la razón, nos llamábamos Tamariz de los Angeles. A lo mejor por esos dos que hay a los lados de Dios Padre. Y había una copla muy conocida y muy sobada que, como aquí se dedicaban mucho a fabricar escriños, iba y decía: «Tamariz de los Diablos, si te cayeras, y cogieras debajo a las escriñeras». ¡Qué ocurrentes, maldita sea! Vaya un deseo más desastroso». El hombre se queda mirando la agrietada torre pálida y dice: «Y el asunto es que, como nos descuidemos, no Tamariz, pero esta torre suya el menor día da en caerse y no va a coger debajo a las escriñeras, que no las hay ya, pero sí a los hijos y a los nietos de las susodichas. Esto había que arreglarlo. Maldita sea. Todo es destrucción».

Seguimos recorriendo el pueblo, casi en fila, en silencio, como si estuviéramos ensayando un Viático. «Todavía no han visto ustedes lo mejor. Ahí, en el «Corro San Antón», van a poder saludar ustedes a «Purpurino» en persona. ¿A que no se lo esperaban? El retablo de la iglesia de San Juan, todo el lleno de águilas con las alas abiertas y racimos de uvas y otras cosas muy asombrosas, se le llevaron a la Catedral de Santander... Y Alberto

Pastor, con sus influencias, se trajo para Tamariz al «Purpurino», cuando desmontaron el tinglado de aquel que le habían preparado en la Fuente Dorada de Valladolid. Ya ha perdido hasta la purpurina. Pero ahí está, tan chulo, esperándonos a ustedes. Que es de suponer que si ustedes son de Valladolid, tendrían con él, de tanto verle, una miaja de amistad...»

El Corro San Antón es una plaza grande, acotada en parte por unas casas de ladrillo viejo, de una sola planta. Y en medio, sobre un pedestal, «Don Purpurino», que ha perdido una mano, continúa levantando con la otra una antorcha.

«Yo no sé, y en eso siempre hemos entrado en discusión, lo que representa este prójimo, con esas vestimentas más bien escasas, que si se descuida enseña hasta sus vergüenzas. Lo mismo puede ser un pastor, que un dios de los que no creían en Dios, que un deportista de cuando los romanos y demás antiguos».

El sol de julio lanza con fuerza su jabalina sobre la plaza. Y «Don Purpurino», si pudiera, abriría sin duda esa farola que custodia para convertirla en una sombrilla. Continuamos procesionando por el pueblo, por unas calles que, si las dejaran, irían con seguridad a refrescarse en busca de la fuente, pasando obligadamente —como hacían las mozas cuando iban a por agua— por la laguna y por la «casa del Tejar».

«¿Qué, a dónde va la curia?», exclama una mujer desde la sombra de un portal. «Todo es destrucción —insiste el hombre, sesionado con Numancia—. La iglesia de San Juan era el doble que la que queda, y llena de santos de todas las clases. No como las de ahora, que las despachan con un solo santo y que parecen teatros... El armonio de la iglesia se le llevarán cualquier día».

Don Manuel interviene: «Es un órgano y, mientras yo esté, nac que siempre he tenido a mi cargo monumentos nacionales y sé lo que me traigo entre manos». «Ve ahí, otra ruina más de Numancia», insiste el hombre.

La luz de la tarde intenta recomponer, con sus juncos dorados, los escriños carcomidos que vienen a ser algunas casas de adobe caídas.

¡MUCHA ATENCION, POR FAVOR!

Talleres SANTA CRUZ. Calle Portugal, 4

(LA MAXIMA EXPERIENCIA Y DEDICACION AL SERVICIO DEL AUTOMOVIL, EN ENCENDIDO Y CARBURACION)

COMUNICAN a sus numerosos clientes y amigos, que con motivo de las VACACIONES cerrarán a partir del próximo día 26

VENGA A PONER SU COCHE «A PUNTO» ANTES DE MARCHARNOS

ESTERILIDAD

MASCULINA Y FEMENINA

(UNIDAD DE FERTILIDAD HUMANA)

POLICLINICAS SAN FRANCISCO C/ Santa Susana, 31. Teléfono 985-259393 OVIEDO

FRED BASSET



el bien vestir SANDRO MASTER DE POPULARIDAD 1984 MARIA de MOLINA, 13